

Más allá del giro lingüístico: una interpretación de Reinhart Koselleck¹

Beyond the linguistic turn: An interpretation of Reinhart Koselleck

Au-delà du tournant linguistique : une interprétation de Reinhart Koselleck

Para além da viragem linguística: uma interpretação de Reinhart Koselleck

Edwin Cruz Rodríguez²

Cómo citar este artículo: *Cruz-Rodríguez, E. (2023-1). Más allá del giro lingüístico: Una interpretación de Reinhart Koselleck. *quaest.disput*, 16 (32), 41-67*

¹ *Recibido: 22/08/2023. Aprobado: 22/11/2023*

Artículo de reflexión.

² Politólogo, doctor en estudios políticos y relaciones internacionales de la Universidad Nacional de Colombia sede Bogotá, profesor ocasional de la misma institución. ecruze@unal.edu.co <https://orcid.org/0000-0001-8891-8796>

Resumen

El objetivo de este artículo es establecer las diferencias entre la historia conceptual de Reinhart Koselleck y el giro lingüístico. Para tal efecto, realiza una exégesis del enfoque planteado por el historiador alemán, identificando sus supuestos ontológicos y epistemológicos, así como las consecuencias metodológicas que de ellos se derivan, en contraste con los defendidos por las corrientes historiográficas generalmente comprendidas dentro del giro lingüístico. El trabajo ofrece una interpretación original de la propuesta de Koselleck. Destaca su concepción dialéctica de la relación entre lenguaje e historia, que toma distancia tanto del giro lingüístico, en donde el lenguaje crea significado por sí mismo sin relación con una realidad externa, como de las concepciones referenciales del lenguaje, que enfatizan su uso como fuente de significado. En la perspectiva de Koselleck, los estados de cosas y el lenguaje están vinculados, pero la experiencia no se reduce a su articulación lingüística; siempre existe un exceso de realidad que escapa al lenguaje. Por su parte, los conceptos no son simples representaciones de una realidad externa; dado que comprenden el espacio de experiencia y el horizonte de expectativas, conllevan un exceso conceptual. La historia conceptual estudia esa dialéctica entre lo lingüístico y lo extralingüístico en una perspectiva diacrónica, con el fin de comprender transformaciones en las estructuras sociales y temporales.

Palabras clave: Reinhart Koselleck, giro lingüístico, ontología, epistemología, metodología.

Abstract

The aim of this article is to establish the differences between Reinhart Koselleck's conceptual history and the linguistic turn. To this effect, this paper performs an exegesis of the approach proposed by the German historian, identifying his ontological and epistemological assumptions, as well as the methodological consequences derived from them, in contrast with those defended by the historiographic currents generally understood within the linguistic turn. The work offers an original interpretation of Koselleck's proposal. It highlights his dialectical conception of the relationship between language and history, which distances itself from both the linguistic turn, where language creates meaning by itself without relation to an external reality, and the referential conceptions of language, which

emphasize its use as a source of meaning. In Koselleck's approach, states of affairs and language are linked, but experience is not reduced to its linguistic articulation; there is always an excess of reality that escapes language. Concepts, for their part, are not simply representations of an external reality; since they comprise the space of experience and the horizon of expectations, they entail a conceptual excess. Conceptual history studies this dialectic between the linguistic and the extralinguistic in a diachronic perspective, in order to understand transformations in social and temporal structures.

Keywords: Reinhart Koselleck, linguistic turn, ontology, epistemology, methodology.

Résumé

L'objectif de cet article est d'établir les différences entre l'histoire conceptuelle de Reinhart Koselleck et le linguistic turn. Pour ce faire, il entreprend une exégèse de l'approche proposée par l'historien allemand, en identifiant ses présupposés ontologiques et épistémologiques, ainsi que les conséquences méthodologiques qui en découlent, en contraste avec celles défendues par les courants historiographiques généralement compris dans le linguistic turn. L'ouvrage propose une interprétation originale de la proposition de Koselleck. Il met en évidence sa conception dialectique de la relation entre la langue et l'histoire, qui se démarque à la fois du linguistic turn, selon lequel la langue crée du sens pour elle-même sans relation avec une réalité extérieure, et des conceptions référentielles de la langue, qui mettent l'accent sur son utilisation comme source de sens. Dans la perspective de Koselleck, les états de fait et le langage sont liés, mais l'expérience n'est pas réductible à son articulation linguistique; il y a toujours un excès de réalité qui échappe au langage. Les concepts, quant à eux, ne sont pas de simples représentations d'une réalité extérieure; puisqu'ils constituent l'espace de l'expérience et l'horizon des attentes, ils comportent un excès conceptuel. L'histoire conceptuelle étudie cette dialectique entre le linguistique et l'extra-linguistique dans une perspective diachronique, afin de comprendre les transformations des structures sociales et temporelles.

Mots-clés: Reinhart Koselleck, tournant linguistique, ontologie, épistémologie, méthodologie

Resumo

O objetivo deste artigo é estabelecer as diferenças entre a história concetual de Reinhart Koselleck e o linguistic turn. Para tal, empreende-se uma exegese da abordagem proposta pelo historiador alemão, identificando os seus pressupostos ontológicos e epistemológicos, bem como as consequências metodológicas que deles derivam, em contraste com os defendidos pelas correntes historiográficas geralmente entendidas no âmbito do linguistic turn. O trabalho oferece uma interpretação original da proposta de Koselleck. Destaca a sua conceção dialética da relação entre linguagem e história, que se distancia tanto do linguistic turn, em que a linguagem cria sentido por si mesma, sem relação com uma realidade externa, como das concepções referenciais da linguagem, que enfatizam o seu uso como fonte de sentido. Na perspetiva de Koselleck, os estados de coisas e a linguagem estão ligados, mas a experiência não é redutível à sua articulação linguística; há sempre um excesso de realidade que escapa à linguagem. Os conceitos, por seu lado, não são simples representações de uma realidade exterior; uma vez que constituem o espaço da experiência e o horizonte das expectativas, implicam um excesso concetual. A história concetual estuda esta dialética entre o linguístico e o extra-linguístico numa perspetiva diacrónica, a fim de compreender as transformações das estruturas sociais e temporais.

Palavras-chave: Reinhart Koselleck, viragem linguística, ontologia, epistemologia, metodologia

Introducción

Como identificación de una nueva corriente historiográfica, el giro lingüístico tomó forma en EE. UU., en varios congresos organizados por especialistas en historia intelectual, como el de Cornell, en 1980, liderado por Dominick Lacapra y Steven Kaplan (Noiriel, 1997, pp. 130-132). La etiqueta designa un variopinto conjunto de enfoques teóricos e historiográficos, el postestructuralismo, el postmodernismo, el giro y la teoría culturales, entre otros. Estas corrientes convergen en su preocupación por la tensión entre la representación lingüística y la realidad social del pasado, abandonando cierta concepción de cientificidad en que descansó la historia social (Gunn, 2011, pp. 11-12). La discusión sobre esta cuestión ha sido álgida, en particular en la academia norteamericana (Cusset, 2005). Su

influencia ha sido bastante pronunciada en la historiografía de izquierdas, en cuyo interior se han abandonado los axiomas base de la investigación en el marco de la historia social, especialmente aquellos inspirados en el marxismo, para enfatizar en la construcción discursiva de la realidad y las políticas identitarias (Eley, 2008, p. 187).

Así, por ejemplo, para Cabrera la teoría social subyacente al giro lingüístico cuestiona el supuesto de que las sociedades tienen una parte objetiva —formada por la esfera socioeconómica, a la que se asignó una preeminencia causal— y una subjetiva o cultural —que se concibió como derivada de aquella—. Por consiguiente, existe una ruptura con la premisa según la cual las condiciones socioeconómicas determinan causalmente la acción y la conciencia (Cabrera, 2002, pp. 12-13). De esa manera, los enfoques del giro lingüístico cuestionan de fondo los supuestos ontológicos —la existencia de una realidad social, objetiva o material, externa e independiente de los procesos de construcción de significado mediante el lenguaje— y epistemológicos —la confianza en que es posible acceder a la verdad de lo ocurrido en el pasado— en que se basó el conocimiento historiográfico (Jenkins, 2009, p. 25; González, 2008, pp. 153-178).

Para algunos historiadores, el giro lingüístico ha conllevado un enriquecimiento de su trabajo, porque posibilita un “repliegue de la crítica sobre sí misma para disolver sus anteriores certidumbres” (Palti, 2012, p. 14). Otros han optado por una descalificación de tales perspectivas por considerar que desconocen la existencia objetiva de la realidad social y, fundamentalmente, del pasado, con lo cual anulan la posibilidad del conocimiento histórico (Sánchez-Prieto, 2009, p. 25). Incluso han sido intensos los debates en el interior de las tendencias comúnmente comprendidas en el giro lingüístico; por ejemplo, alrededor de interpretaciones antagónicas de un autor representativo como Hayden White. Así, mientras unos enfatizan su radical escepticismo frente al conocimiento histórico, haciéndolo equivalente a la literatura de ficción (Jenkins, 2006, p. 196-221), otros encuentran allí un enriquecimiento de tal conocimiento, provisto por el estudio de los tropos y tramas que adoptan las representaciones del pasado en las narrativas de los historiadores (Gunn, 2011, pp. 45-74; Tozzi, 2009, p. 126).

Este trabajo examina los supuestos ontológicos y epistemológicos de la historia conceptual propuesta por Koselleck, así como las consecuencias metodológicas que de ellos se desprenden, en contraste con el giro lingüístico. Los planteamientos del historiador alemán complejizan la relación entre lenguaje e historia, pues se distancian tanto de las concepciones del giro lingüístico, en las que el significado depende de las relaciones entre elementos lingüísticos sin relación con una realidad externa, como de las teorías referenciales, en las cuales el significado es producto del uso del lenguaje, que vincula signos lingüísticos y objetos en contextos determinados. Como sugiere Iggers, aunque el amplio campo la historia conceptual también toma como objeto de estudio el lenguaje, lo concibe como “un medio para acercarse más a la compleja realidad histórica, no para negarla” (Iggers, 1998, p. 110). Sin embargo, el enfoque de Koselleck también diverge de los postulados de la “Escuela de Cambridge”, usualmente incluida dentro de la historia conceptual, cuyos representantes optan explícitamente por una perspectiva referencial del lenguaje. Pocock se enfoca en el estudio de los “lenguajes políticos”, entendidos como “juegos de lenguaje” en el sentido que a este concepto asignó Wittgenstein, esto es, “el todo formado por el lenguaje y las acciones con las que está entretejido” (Wittgenstein, 1998, p. 25; Pocock, 2011, pp. 41 y 105). Así mismo, Skinner adopta como objeto de estudio los “actos de habla”, sus intencionalidades y efectos performativos, en juegos de lenguaje o contextos determinados (Skinner, 2007, p. 91).

El distanciamiento de esas dos perspectivas no conduce a Koselleck a un realismo epistemológico clásico, que implicaría conferir una primacía a la realidad extralingüística sobre los procesos de construcción de sentidos y significados. En realidad, en su perspectiva existe una dialéctica insalvable entre el lenguaje y los estados de cosas que este intenta representar. Al igual que en los enfoques referenciales, la acción social y el lenguaje están necesariamente vinculados. No obstante, se desenvuelven y cambian en el tiempo de acuerdo con lógicas diferenciadas y singulares. La realidad extralingüística, la experiencia en términos de Koselleck, no se reduce a lo que puede ser objeto de articulación lingüística. Siempre existe un exceso de realidad, para llamarlo de algún modo, que escapa al lenguaje. A la inversa, los conceptos no son simples representaciones de una realidad externa. Dado

que delimitan el espacio de experiencia, el pasado experimentado, y el horizonte de expectativas, la gama de posibilidades que se abre a partir de un momento presente, conllevan siempre un exceso conceptual, que no se reduce a la realidad extralingüística. Por consiguiente, Koselleck ofrece una perspectiva más compleja de la relación entre el lenguaje y la realidad social. A diferencia de los enfoques del giro lingüístico, no reduce la realidad extralingüística a su articulación lingüística, ni renuncia a la comprensión de dicha realidad mediante el estudio del lenguaje, la semántica histórica. Por el contrario, la conjunción de lo lingüístico y lo no lingüístico y su transformación diacrónica permiten comprender la transformación de las estructuras sociales y temporales.

Para desarrollar este argumento, el artículo se estructura en tres partes que se esfuerzan por distinguir analíticamente lo ontológico, lo epistemológico y lo metodológico, dominios que no obstante aparecen entreteljidos en la reflexión de Koselleck. Primero se analizan las premisas ontológicas de la historia conceptual propuesta por el historiador alemán. Seguidamente, se examinan sus supuestos epistemológicos. Finalmente, se reconstruyen algunas de las consecuencias metodológicas que de las anteriores premisas se desprenden.

Ontología: entre los enfoques autorreferente y referencial del lenguaje

El giro lingüístico tiene como base fundamental la lingüística estructural de Ferdinand de Saussure, quien concibió el lenguaje como un sistema autorreferente, en el cual la identidad de sus elementos no depende de la referencia a una realidad externa sino del lugar que ocupan en un conjunto infinito de diferencias entre ellos. El signo lingüístico tiene un carácter arbitrario, es decir, el vínculo entre sus componentes, significado (concepto) y significante (imagen acústica, grafía), no es lógicamente necesario (Saussure, 2012, p. 144). Así, por ejemplo, la identidad de “pato” y “gato” no se define en virtud de su relación con los animales u objetos que puedan designar, sino por las diferencias entre los propios signos lingüísticos. En la perspectiva de Saussure, en consecuencia, el lenguaje es capaz de crear por sí mismo sentido, prescindiendo de la referencia a una realidad social externa (Iggers, 1998, pp. 98-99).

Esta concepción contrasta con los enfoques referenciales del lenguaje, como el defendido por Wittgenstein. Desde su punto de vista, tampoco hay un vínculo necesario entre significantes y significados, pero eso no implica que las relaciones entre signos lingüísticos sean suficientes para generar sentido. Por el contrario, la construcción del significado tiene necesariamente una dimensión pragmática, puesto que son las acciones, imbricadas con el lenguaje usado, las que tejen relaciones entre significantes y significados. En su clásico ejemplo del albañil y su ayudante, en donde “losa” hace referencia a un rectángulo de piedra labrada y no a otra cosa, el significado es resultado de un sistema de relaciones entre el lenguaje usado y los objetos, en un contexto de prácticas o “juego de lenguaje” delimitado (Wittgenstein, 1998, pp. 27-37).

Corrientes principales del giro lingüístico, como el postestructuralismo y el postmodernismo radicalizan el punto de vista saussureano. En efecto, perspectivas como la deconstrucción abandonan la concepción de la producción binaria del sentido, la correspondencia entre significante y significado que constituye el signo lingüístico, poniendo en primer plano la imposibilidad de fijación última del significado, que se entiende como librado a una radical contingencia (Gunn, 2011, p. 34). La crítica al concepto estructuralista de signo lingüístico realizada por Derrida, de hondas consecuencias filosóficas, se dirige a su sustrato metafísico³. De acuerdo con Derrida, Saussure le asigna una prioridad al significado, concebido como una entidad trascendente, sobre el significante. El significado tiene una existencia *a priori*, una presencia primigenia que, como la idea platónica, puede expresarse mediante distintos significantes. Por lo tanto, aunque en Saussure el signo lingüístico es indivisible, el significado puede ser concebido de manera independiente del significante y la arbitrariedad del signo que defiende el padre de la lingüística estructural se refiere únicamente al significante. El sentido dependerá de una relación de representación, de hacer presente mediante significantes la presencia primigenia del significado.

En contraste, Derrida radicaliza la lógica de la diferencia que Saussure postula como constitutiva del lenguaje, entendido como una forma sin sustancia. Así, en vez de concebir

³ Una excelente síntesis de esa crítica se encuentra en Bolívar (1990, pp. 173-192).

un significado primigenio y trascendente, sostiene que es el sistema de diferencias que constituye el lenguaje el que produce significado. Derrida opera sobre la lingüística estructural una estrategia deconstructiva de la oposición entre significado y significante, lo que implica en cierta medida “invertir la jerarquía”, la posición dominante que uno de los elementos contrapuestos adopta (Derrida, 1977, pp. 56-57). Así, al contrario de Saussure, Derrida confiere una primacía al significante, cuya identidad depende de las relaciones con otros significantes. El significante actualiza una “traza”, es decir, remite al conjunto de relaciones con otros significantes ausentes que lo constituyen como un elemento singular, produciendo de esa manera significado⁴. La principal consecuencia de este planteamiento es que nunca hay una clausura última en el proceso de significación y en cada fragmento de texto siempre será posible hallar una diversidad irreductible de significados (Appleby, Hunt y Jacob, 1998, p. 150). De acuerdo con Jenkins, “leemos el mundo como si fuera un texto, y, por lo tanto, las lecturas son infinitas”. No se trata de que el conocimiento del pasado permita “inventar” historias sobre él, sino de que las narrativas o historias “constituyen la ‘realidad’” (Jenkins, 2009, p. 12).

La ontología del lenguaje en Koselleck diverge de esas dos perspectivas, autorreferente y referencial del lenguaje. En contraste con el giro lingüístico, no reduce la realidad extralingüística a aquello que puede ser objeto de articulación lingüística⁵. El sentido implica, en parte, la referencia a una realidad externa al lenguaje. Sin embargo, en el planteamiento de Koselleck los principios de funcionamiento y transformación tanto de esa realidad externa como del lenguaje mismo obedecen a lógicas particulares e independientes, aunque relacionadas. Por tal razón, a diferencia de las teorías referenciales del lenguaje, que suponen

⁴ “El juego de las diferencias supone, en efecto, síntesis y remisiones que prohíben que en ningún momento, en ningún sentido, un elemento simple esté presente en sí mismo y no remita más que a sí mismo. Ya sea en el orden del discurso hablado o del discurso escrito, ningún elemento puede funcionar como signo sin remitir a otro elemento que él mismo tampoco está simplemente presente. Este encadenamiento hace que cada elemento —fonema o grafema— se constituya a partir de la traza que han dejado en él otros elementos de la cadena o del sistema. Este encadenamiento, este tejido, es el texto que solo se produce en a transformación de otro texto. No hay nada, ni en los elementos ni en el sistema, simplemente presente o ausente. No hay, de parte a parte, más que diferencias y trazas de trazas” (Derrida, 1977, pp. 35-36).

⁵ Esta es una de las cuestiones más controvertidas de su crítica a la hermenéutica gadameriana. Ver Oncina (2010, pp. 43-85).

una representación de la realidad por signos lingüísticos, para Koselleck siempre existirá un bache entre la representación lingüística y los estados de cosas que esta pretende designar. El lenguaje no representa inmediatamente la realidad:

Toda semántica hace referencia a algo que se encuentra más allá de sí misma, aunque ningún campo de objetos puede concebirse y experimentarse sin la aportación semántica del lenguaje. Todas las teorías actualmente de moda reducen la realidad exclusivamente al lenguaje y olvidan que el lenguaje tiene y conserva dos facetas: por un lado registra —receptivamente— lo que es exterior a él, manifiesta lo que se le impone sin que esto último sea lingüístico, es decir, el mundo tal y como se presenta prelingüístico y no lingüísticamente. Por otro lado, el lenguaje hace suyos —activamente— todos los estados de cosas y hechos extralingüísticos. Para que lo extralingüístico pueda conocerse, comprenderse y entenderse debe plasmarse en un concepto. Como se dijo al principio: sin conceptos no hay experiencia y sin experiencia no hay conceptos. (Koselleck, 2012, pp. 31-32)

En la perspectiva de Koselleck, los conceptos están imbricados en la realidad extralingüística, hacen posible la experiencia, establecen sus límites y posibilidades y, por consiguiente, no tienen un estatus ontológico diferenciado de los hechos sociales: “Un concepto no es solo indicador de los contextos que engloba, también es un factor suyo. Con cada concepto se establecen determinados horizontes, pero también límites para la experiencia posible y para la teoría concebible” (Koselleck, 1993, p. 118). Los conceptos, entonces, hacen parte de la realidad social. No obstante, los hechos no se reducen a conceptos, siempre presentan lo que podría denominarse un exceso de realidad, que elude la expresión lingüística y conceptual, que no puede capturarse en su totalidad por medio de los signos:

Sin acciones lingüísticas no son posibles los acontecimientos históricos; las experiencias que se adquieren desde ellos no se podrían interpretar sin lenguaje. Pero ni los acontecimientos ni las experiencias se agotan en su articulación lingüística. Pues en cada acontecimiento entran a *formar* parte numerosos factores extralingüísticos y hay estratos de experiencia que se sustraen a la

comprobación lingüística. La mayoría de las condiciones extralingüísticas de todos los sucesos, los datos, instituciones y modos de comportamiento naturales y materiales, quedan remitidos a la mediación lingüística para ser eficaces. Pero no se funden con ella. Las estructuras prelingüísticas de la acción y la comunicación lingüística, en virtud de la cual se instauran los acontecimientos, se entrecruzan mutuamente sin llegar a coincidir totalmente. (Koselleck, 1993, p. 287)

Los conceptos, por su parte, no pueden reducirse a simples representaciones de la realidad extralingüística. Por el contrario, siempre conllevan un exceso conceptual, producto de la carga de experiencias y expectativas que los constituyen. De ahí que el concepto exprese la “simultaneidad de lo no simultáneo” (Koselleck, 2012, p. 101). Así pues, no existe una identidad entre conceptos y hechos: ambos obedecen a lógicas distintas que conducen a una relación dialéctica. “El transcurso de los sucesos históricos y la manera de su posibilidad y elaboración lingüísticas no coinciden simplemente, de tal modo que un acontecimiento solo aparece en su comprensión lingüística. Más bien reina entre ambos una tensión que históricamente cambia continuamente” (Koselleck, 1993, p. 255). De esa manera, Koselleck aspira a romper “el círculo vicioso entre palabra y cosa, y viceversa” (Koselleck, 1993, p. 118). Lo que de tal manera se produce es una relación dialógica, un hiato o tensión irresoluble, entre las situaciones o hechos sociales y los usos lingüísticos:

Los conceptos, en los que se reúnen experiencias y se engarzan expectativas, no son, en tanto que producciones lingüísticas, meros epifenómenos de la llamada historia real. Los conceptos históricos, en especial los políticos y sociales, están acuñados para engarzar y comprender los elementos y factores de la historia. Esto es lo que los caracteriza dentro de un lenguaje. Pero con base en la diferencia que se ha destacado, poseen su propio modo de ser en el lenguaje, desde el cual influyen o reaccionan ante las situaciones y los sucesos correspondientes. (Koselleck, 1993, p. 288)

Así pues, en el trabajo de Koselleck se puede encontrar una alternativa al escepticismo respecto de la realidad del pasado manifiesto en las posiciones más radicales del giro lingüístico. Los historiadores acceden al pasado, como a la realidad del presente, mediante el lenguaje y el producto de su conocimiento es, a su vez, una construcción lingüística. Sin embargo, las situaciones o hechos sociales siempre exceden tanto la “autocomprensión lingüística” de la época en cuestión como la que puede realizar el propio historiador, lo que implica que “la historia no es nunca idéntica a su comprensión lingüística y a su experiencia formulada, como se condensa oralmente o por escrito”, pero tampoco puede ser independiente de su articulación lingüística (Koselleck, 1993, p. 210). Koselleck lo explica detalladamente de la siguiente forma:

De modo que domina siempre una diferencia doble: por una parte, entre una historia pasada y su reproducción lingüística. Determinar estas diferencias vuelve a ser de nuevo una producción lingüística que pertenece al quehacer del historiador. Nos encontramos, pues, en una tensión metódicamente irresoluble consistente en que, mientras ocurre y después de suceder, cualquier historia es algo diferente a lo que nos puede proporcionar su articulación lingüística; pero eso diferente solo puede hacerse cognoscible en el medio del lenguaje. La reflexión sobre el lenguaje histórico, sobre los actos lingüísticos que ayudan a fundar los acontecimientos o que constituyen una narración histórica no puede reclamar una prioridad objetiva frente a las historias a las que ayuda tematizar. Pero es cierto que a la reflexión lingüística le corresponde una prioridad teórica y otra metódica frente a todos los sucesos y frente a la historia. Pues las condiciones y factores extralingüísticos que entran a formar parte de la historia solo se pueden comprender lingüísticamente. (Koselleck, 1993, p. 288)

En este sentido, los supuestos ontológicos y epistemológicos de la historia conceptual de Koselleck son más próximos a enfoques como la historia cultural defendida por Roger Chartier, quien plantea una perspectiva intermedia entre aquella que ve el lenguaje como representación de una realidad externa (teorías referenciales) y aquella otra que niega cualquier posibilidad de conocer esa realidad más allá de la mediación lingüística

(interpretativismo del giro lingüístico). Chartier formula un distanciamiento del giro lingüístico, precisamente porque no concibe el lenguaje como un sistema cerrado capaz de generar sentido de manera autorreferente, es decir, únicamente mediante las relaciones entre sus signos, y por tanto, tampoco acepta que no exista necesidad de una referencia a la realidad social objetiva, o que esta se reduzca a una construcción simbólica (Chartier, 2007, p. 67). La lógica que guía las prácticas sociales, piensa Chartier, no puede reducirse a aquella que domina los discursos. La comprensión de la experiencia no se puede reducir a discurso o texto, como suponen ciertos defensores del giro lingüístico:

La lógica que comanda las operaciones que construyen instituciones, dominaciones y relaciones no es aquella, hermenéutica, logocéntrica, escrituraria, que produce los discursos. La afirmación de la irreductibilidad de las prácticas a los discursos, que siempre articulados mas no homólogos, puede ser considerada como el principio que funda toda historia cultural, a la que se invita así a precaverse de un uso descontrolado de la categoría de ‘texto’, demasiado a menudo manejada para designar prácticas cuyos procedimientos no obedecen al ‘orden del discurso’. (Chartier, 1996, p. 51)

A su modo de ver, es cierto que el lenguaje no representa fielmente la realidad, pero de ello no deduce que esa realidad sea incognoscible o inexistente y, por tanto, que la historia esté en el mismo registro discursivo que la poesía o la literatura de ficción. Existe, por el contrario, una dialéctica compleja entre los elementos objetivos y subjetivos, entre prácticas y discursos, que configura los procesos de producción de significado y de construcción de la realidad:

[...] los esquemas que generan las representaciones deben ser considerados, al mismo tiempo, como productores de lo social puesto que ellos enuncian los desgloses y clasificaciones posteriores. Por otra parte, el lenguaje no puede ya ser considerado como la expresión transparente de una realidad exterior o de un sentido dado previamente. Es en su funcionamiento mismo, en sus figuras y sus acuerdos, como la significación se construye y la ‘realidad’ es producida. (Chartier, 1992, p. IV)

No obstante, la similitud entre ambos enfoques empieza y termina en sus premisas ontológicas y epistemológicas. La historia cultural propuesta por Chartier se distingue de la historia conceptual de Koselleck cuando menos en dos sentidos. Primero, porque su objeto de estudio son las representaciones sociales articuladas a ciertas prácticas, es decir, algo más amplio que los discursos o los conceptos. Segundo, porque involucra el estudio de los mecanismos sociales de difusión de las representaciones y las formas en las que hacen su aparición —por ejemplo, los distintos tipos y estrategias de edición en la historia del libro—, las cuales no se conciben como un elemento neutral sino como un ingrediente activo en la producción del sentido (Chartier, 1992, p. 19). Sin embargo, tanto la historia de las representaciones como la historia conceptual están vinculadas con una historia social de más amplio alcance.

Epistemología: historia social e historia conceptual

La concepción autorreferencial del lenguaje, según la cual el sistema de signos es capaz de crear sentido por sí mismo, se traduce en un profundo cuestionamiento a los supuestos con los que la disciplina historiográfica ha operado desde su institucionalización en el siglo XIX, en particular a la confianza en que un trabajo riguroso con las fuentes puede posibilitar un conocimiento objetivo y verdadero sobre el pasado. En el extremo, se sostiene que la historiografía está más relacionada con la poesía y la literatura de ficción, en tanto que a ambas corresponden a procesos de invención más que de representación de la realidad objetiva del pasado, que con la ciencia (Noiriel, 1997, pp. 139-140). Por consiguiente, la ontología del giro lingüístico conduce a una epistemología que renuncia a la comprensión del pasado en términos de “verdad”. De hecho, dado que no existe un criterio último para establecer que una narrativa o una historia coincide con la realidad objetiva del pasado, las representaciones historiográficas están imposibilitadas para salir de la ideología: “los conceptos de verdad, lo ‘real’, la historia y demás no son algo naturalmente ‘performativo’ que espera la mirada del observador, sino que son producto de esa mirada. Sin acceso a ninguna validez extradiscursiva ni a ningún punto de referencia natural/neutral, todo discurso queda limitado a simulacros autorreferentes y a las realidades (el efecto de lo real) que de allí emanan” (Jenkins, 2006, p. 57). La historia es apenas un juego lingüístico entre muchos otros

sobre el pasado y la verdad a la que aspira queda limitada a “un censor que establece los límites” de las distintas interpretaciones, es decir, siempre está supeditada a un dispositivo de poder o “régimen de verdad”. Por eso, en últimas, tales verdades son “‘ficciones útiles’ que se encuentran en el discurso en virtud del poder” (Jenkins, 2009, p. 41).

En contraste, a diferencia de las posiciones más radicales dentro del giro lingüístico, Koselleck no renuncia a la comprensión del ámbito extralingüístico de la realidad. Su semántica histórica está por esa razón profundamente vinculada con la historia social. Los principios ontológicos en que se funda la historia conceptual de Koselleck son compatibles con dos tipos de epistemología (Koselleck, 1993, p. 124). De un lado, es posible conocer las realidades pretéritas que no fueron objeto de articulación lingüística, pero a las cuales tenemos acceso por medio de inferencias, modelos, indicios y teorías elaboradas en el presente. En este caso, la experiencia pasada es captada, aprehendida, mediante categorías analíticas construidas en el presente y, por lo tanto, ajenas a los entramados simbólicos que dieron sentido a la experiencia en épocas antecedentes, disponibles en los lenguajes a los cuales es posible acceder mediante distintas fuentes. El ejemplo paradigmático de esta perspectiva es, en su mayor parte, la historia económica, que examina su materia de estudio con base en el lenguaje creado por la moderna ciencia económica.

De otro lado, los historiadores también pueden enfocarse en un objeto de estudio constituido por los estados de cosas lingüísticamente articulados en el pasado. Por lo tanto, se trata de comprender una realidad pretérita dentro de los entramados simbólicos que dieron sentido a la experiencia, es decir, en función del lenguaje y los conceptos elaborados por los propios agentes de la época anterior. Este es el camino que elige Koselleck, basado en la “exigencia metodológica mínima”, consistente en “investigar los conflictos políticos y sociales del pasado en el medio de la limitación conceptual de su época y en la autocomprensión del uso del lenguaje que hicieron las partes interesadas en el pasado” (Koselleck, 1993, p. 111).

Así, en la historia conceptual el lenguaje interpretativo acuñado en el presente tiene como reto principal hacer comprensibles los significados del lenguaje que enmarcó las experiencias

del pasado. Esto no sería posible si se asumiera una perspectiva autorreferencial del lenguaje, en donde el pasado se erige como una otredad prácticamente inaccesible, como aparece en el giro lingüístico. En efecto, desde el punto de vista del giro lingüístico, el pasado no es concebido como un presupuesto de los procedimientos historiográficos —una realidad susceptible de ser conocida— sino como un producto de ellos —una narración o discurso autorreferente—. Por tanto, las posibilidades de la investigación quedan reducidas a los límites de los lenguajes del presente: “El pasado que ‘conocemos’ depende siempre de nuestros propios puntos de vista, de nuestro propio ‘presente’. Al igual que nosotros mismos somos productos del pasado, también el pasado conocido (la historia) es un artefacto producido por nosotros” (Jenkins, 2009, p. 16).

Sin comprender la relación dialógica entre hechos sociales y representaciones lingüísticas no es posible determinar las transformaciones en los significados en una perspectiva diacrónica. En la historia conceptual el objetivo no es reproducir el lenguaje con el que los agentes experimentaron el pasado, ni proyectar el lenguaje analítico del presente sobre dichas experiencias, sino hacer posible su comprensión. Esto implica complejos procedimientos interpretativos que ponen en diálogo los lenguajes del pasado con el lenguaje analítico del presente usado para hacerlos comprensibles. La condición de posibilidad de tales procedimientos es la relación dialéctica entre el lenguaje y la realidad social, el presupuesto ontológico según el cual existe un dominio objetivo del pasado, una realidad que desborda el lenguaje, particularmente las categorías construídas en el presente con fines hermenéuticos. Por esa razón, para Koselleck existe una primacía de la teoría. Sin teoría, la historia conceptual “no podría concebir lo que hay de común y de diferente en el tiempo” (Koselleck, 1993, p. 124). En consecuencia, además de una tensión insalvable entre el lenguaje y los estados de cosas, en el enfoque de Koselleck existe también un diálogo diacrónico entre el lenguaje analítico del presente y el lenguaje del pasado objeto de estudio.

Tal diálogo diacrónico está articulado al estudio de las estructuras sociales y de las estructuras del tiempo histórico, porque, como se ha dicho, en los conceptos “se reúnen experiencias y se engarzan expectativas” (Koselleck, 1993, p. 288). El “espacio de experiencia” y el

“horizonte de expectativa” son categorías formales para designar el pasado que se ha experimentado y la gama de posibilidades futuras que delimitan un momento presente: “no existe ninguna historia que no haya sido constituida mediante las experiencias y las esperanzas de las personas que actúan o sufren” (Koselleck, 1993, p. 335). Así pues, los conceptos capturan el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa de una época determinada. Es por eso que la reconstrucción histórica de los conceptos permite identificar cambios fundamentales en las estructuras temporales y sociales.

De ahí la estrecha relación que la historia conceptual establece con la historia social. Koselleck propone tres planos en los que se produce esta relación (Koselleck, 1993, p. 106-107). En el primero, la historia conceptual tiene el estatus de una disciplina auxiliar de la historia social, es concebida como un método para la lectura de fuentes, una herramienta que contribuye a desarrollar los fines de la historia social. En el segundo, la historia conceptual se proyecta como una disciplina autónoma, con su propia metodología y su propio objeto, si bien los conceptos no pueden desligarse de la realidad extralingüística y, por esa razón, se traslapa con la reflexión de la historia social. En el tercero, la historia conceptual tiene una “pretensión teórica” más allá de la que puede realizar la propia historia social, un estatuto epistemológico propio:

La articulación diacrónica profunda de un concepto descubre, principalmente, variaciones de estructuras a largo plazo... es un conocimiento sociohistóricamente relevante que solo puede lograrse desde el plano reflexivo de la historia conceptual. Así pues, el principio diacrónico constituye la historia conceptual como área propia de investigación, que por la reflexión sobre los conceptos y su transformación tiene que prescindir metódicamente de los contenidos extralingüísticos que son el ámbito propio de la historia social. La permanencia, el cambio o la novedad de los significados de las palabras tienen que ser concebidos, sobre todo, antes de que sean aplicables a estructuras sociales o a situaciones de conflicto político, como indicadores de contenidos extralingüísticos. (Koselleck, 1993, p. 114-115)

Así pues, el cambio conceptual puede ser un indicador de transformaciones estructurales a nivel de los espacios de experiencia y los horizontes de expectativa. De hecho, Koselleck se enfoca en las transformaciones estructurales, sociales y temporales, en la mediana y larga duración. En particular, el historiador alemán se enfoca en las transformaciones que develan las distintas velocidades de cambio en las palabras y de aquello que designan, dado que, como anteriormente se mencionó, los significados exceden los acontecimientos históricos que les sirven de referencia, de manera que nunca se agotan en la descripción de un fenómeno particular:

[...] pueden hacerse visibles eliminaciones entre los significados antiguos de las palabras que apuntan a un estado de cosas que se extingue y los nuevos contenidos que surgen para esa misma palabra. Entonces pueden considerarse aspectos del significado a los que ya no corresponde ninguna realidad, o realidades que se muestran a través de un concepto cuyo significado permaneció desconocido. Precisamente una consideración retrospectiva diacrónica puede descubrir secciones que están ocultas en el uso espontáneo del lenguaje. (Koselleck, 1993, p. 122)

Así las cosas, la historia de los conceptos permite identificar cambios estructurales más generales, en la interfase entre el lenguaje y los estados de cosas que pretende designar. El énfasis está puesto en la descripción y reconstrucción de los conceptos en una perspectiva diacrónica. Tanto los significados como los estados de cosas que designan cambian de manera independiente y sus ritmos de transformación no necesariamente coinciden, pero su estudio permite comprender el cambio histórico:

Una palabra pierde la capacidad de representar un concepto fundamental cuando ya no es capaz de aglutinar lo suficiente las nuevas experiencias y de plasmarlas en un concepto común junto con las expectativas por cumplir. Lentamente desaparecerá de la circulación... detrás de estos cambios de denominaciones o formación de conceptos se ocultan problemas de tipo extralingüístico. Precisamente esta diferencia entre el concepto y el estado de cosas es la que una

y otra vez provoca la transformación histórica y la que la regula. (Koselleck, 2012, p. 38)

Siguiendo a Heiner Schütz, Koselleck plantea las cuatro alternativas lógicas en que se puede producir el cambio conceptual: primero, tanto el significado de un término como el estado de cosas se mantienen iguales; segundo, el significado se conserva, pero el estado de cosas cambia; tercero, el significado cambia y la realidad de referencia permanece igual; y cuarto, cambian tanto el significado como el estado de cosas que sirve de referente. Como es obvio, estas alternativas no agotan las posibilidades de cambio en términos empíricos (Koselleck, 2012, p. 32). Como se ha mencionado, los significados de los conceptos siempre exceden aquello que designan y, en el sentido inverso, los estados de cosas nunca se agotan en un concepto. Por tanto, el cambio conceptual puede producirse tanto por las transformaciones que experimenta el lenguaje como por los cambios en los estados de cosas.

Metodología: ideas, palabras y conceptos

Llevado a sus últimas consecuencias, el postulado propio del giro lingüístico de acuerdo con el cual no es posible aprehender el pasado, hace impracticable la identificación y análisis de las transformaciones en la historia. Reconstruir una unidad de significación del pasado sobre la base de los vestigios articulados lingüísticamente, comprender el cambio en los significados y, por extensión, de las estructuras sociales y temporales, es prácticamente imposible si se parte de la premisa según la cual el pasado es incognoscible. Como sostiene Jenkins, “el pasado no existe ‘históricamente’ fuera de las apropiaciones textuales y constructivas de los historiadores, por lo cual, habiendo sido hecho por ellos, no tiene independencia propia que le permita resistir a su voluntad interpretativa, en lo particular a nivel del significado” (Jenkins, 2006, p. 14). Más aún, sin el supuesto de una realidad externa al lenguaje no es posible determinar cómo y por qué se transforman los significados y los discursos en el tiempo. Quizás por ese motivo, parte de la investigación inspirada en el giro lingüístico se ha concentrado en el análisis sincrónico de los discursos o lenguajes, dejando de lado la interpretación diacrónica de los mecanismos que explican sus orígenes y cambios, o bien en la deconstrucción de distintas narrativas sobre el pasado, incluyendo las producidas

por historiadores (Cabrera, 2002, p. 68). En este sentido, el giro lingüístico mantiene la orientación fundamentalmente sincrónica de la lingüística estructural.

En contraste, la propuesta de Koselleck se compromete con un análisis diacrónico, incluso de mediana y larga duración. Los principios ontológicos y epistemológicos anteriormente expuestos se traducen, en términos metodológicos, en la construcción de los conceptos y las redes conceptuales como objeto de estudio historiográfico, lo que implica distinguirlos de las ideas, por una parte, y de los términos o palabras, por otra. Para Koselleck, los conceptos son construcciones lingüísticas, pero, dada su vinculación necesaria con la experiencia, como aquello que establece sus condiciones de posibilidad en un momento determinado, no se agotan en signos lingüísticos, en significantes. Por la misma razón, el concepto tiene una historicidad, se transforma en el tiempo, en la mencionada dialéctica entre el lenguaje y los estados de cosas, atributo que lo distingue claramente de las ideas.

En efecto, Koselleck se distancia explícitamente de la historia de las ideas. A diferencia de las ideas, que en sí mismas no pueden ser objeto de un análisis diacrónico, los conceptos tienen una historia y actualizan una estructura temporal, una articulación determinada de experiencias y expectativas (Koselleck, 1993, p. 116). La tradición de la historia de las ideas, tal como se desarrolló a partir de los años 1940 en la pionera obra de Arthur Lovejoy, asigna a las ideas un carácter universal e invariable (Lovejoy, 1983, pp. 11-32). La idea designa un significado fundamental que no cambia en el espacio ni en el tiempo. Por tal razón, su tarea historiográfica se concentra en reconstruir una sucesión de autores y obras canónicas que orbitan en torno a problemas impercederos. En consecuencia, al excluir de entrada una dimensión pragmática o experiencial, los axiomas de la historia de las ideas son ahistóricos. Por ejemplo, omite que los significados cambian en el tiempo y que, aunque el objeto de estudio se exprese en los mismos términos en el pasado y en el presente, no necesariamente estos hacen referencia al mismo significado. Asumir problemas perennes, aislados de las experiencias concretas en donde adquieren sentido, conlleva así a errores de interpretación y puede inducir al anacronismo. Se trata de un problema análogo en el que, por distintas razones, también pueden incurrir los enfoques autorreferenciales del lenguaje, puesto que sin

tener en cuenta los estados de cosas que interactúan con los signos lingüísticos se privan de un indicador fundamental de cambio en los significados.

En cambio, como se ha dicho, la historia de los conceptos está orientada a comprender transformaciones estructurales profundas. Por una parte, los conceptos están cargados de experiencia pasada: “Un concepto reúne la pluralidad de la experiencia histórica y una suma de relaciones teóricas y prácticas de relaciones objetivas en un contexto que, como tal, solo está dado y se hace experimentable por el concepto” (Koselleck, 1993, p. 117). Por otra, también contienen expectativas sobre el futuro, en tanto que no solo la experiencia guía la acción. De esa manera, los conceptos articulan lo diacrónico y lo sincrónico (Koselleck, 2012, p. 42). Además, a diferencia de las ideas, que permanecen más o menos iguales con independencia del contexto, los conceptos se estudian en su uso concreto, en situaciones claramente definidas. En fin, dado que no tienen un contenido o un significado unívoco e intemporal sino que, por el contrario, necesariamente son polisémicos y cambiantes, examinar un concepto implica estudiar la red conceptual, las relaciones con otros conceptos que establecen las distintas determinaciones de sus significados: “Cada uno remite obligatoriamente a unidades textuales mayores sin por eso perder su estatus de premisa necesaria para el pensamiento de procesos semióticos sobre los que ha de discutirse. El paso al llamado análisis del discurso se produce, por tanto, automáticamente. Los conceptos siempre están integrados en redes conceptuales” (Koselleck, 2012, p. 47). Así mismo, la referencia a otros conceptos es ineludible porque la reconstrucción semántica entra en relación, aunque no se trata de una representación especular, con factores extralingüísticos. De ahí que: “una clarificación histórica de los conceptos que se usan en cada momento tiene que recurrir no solo a la historia de la lengua, sino también a datos de la historia social, pues cualquier semántica tiene que ver, como tal, con contenidos extralingüísticos” (Koselleck, 1993, p. 112).

Sin embargo, la historia conceptual no debe confundirse con una historia del lenguaje, primero, porque se trata de historiar las transformaciones de conceptos relevantes política y socialmente, “conceptos cuya capacidad semántica es más amplia que la de ‘meras’ palabras

de las que se usan generalmente en el ámbito sociopolítico” (Koselleck, 1993, p. 106-107). Para Koselleck, todo concepto es una palabra, pero no toda palabra es un concepto (Abellán, 2007, pp. 215-248). Los conceptos son enfocados desde el punto de vista de su función sociopolítica, no desde una perspectiva estrictamente lingüística. De hecho, Koselleck intenta desligarse del “triángulo lingüístico” de significante-significado-cosa, para establecer la significación de los conceptos:

el significado está unido a la palabra, pero también se alimenta del pensamiento, del contexto escrito o hablado, de la situación social. Una palabra puede llegar a ser unívoca porque es polisémica. Por el contrario, un concepto debe conservar su equívocidad a fin de poder ser concepto. Es verdad que el concepto está unido a la palabra, pero al mismo tiempo es más que la palabra. Una palabra se convierte en concepto —según nuestro método— cuando el conjunto de un contexto de significados sociopolítico [*Bedeutungszusammenhang*] en el que, y para el que, se utiliza una palabra entra todo él a formar parte de esa palabra. (Koselleck, 2009, p. 101)

Uno de los ejemplos al que recurre Koselleck para ejemplificar la necesaria equívocidad del concepto es el de Estado, el cual desde un punto de vista sociopolítico remite a significados como territorio, burocracia, poder, ciudadanía, representación, entre muchos otros. De esa manera, la palabra “Estado” alude a una cantidad irreductible de contenidos y estados de cosas, una serie de referencias que únicamente pueden ser objeto de experiencia mediante el concepto. De ahí que:

los significados de las palabras pueden determinarse mediante definiciones, los conceptos solo pueden ser interpretados [...] En la historia de un concepto no solo un significado de la palabra desplaza a otro, sino que todo el complejo que pasó a formar parte de la palabra se modifica en su combinación y referencia. Una historia de los conceptos siempre alberga el proceso de muchos componentes. *Todos los conceptos en los que se agrupa semióticamente un proceso completo escapan a la definición; solo puede definirse lo que no tiene historia* (Nietzsche). (Koselleck, 2009, p. 102)

Pero, además, la historia de los conceptos tal como es formulada por Koselleck no adopta como su objeto de estudio todos los conceptos, sino solamente los “conceptos fundamentales”. Estos no solamente tienen múltiples significados, también se caracterizan porque son insustituibles, en la medida en que funcionan como condiciones necesarias para la existencia de una comunidad política o lingüística, y porque son necesariamente polémicos, puesto que son cargados con determinaciones potencialmente excluyentes, con experiencias, expectativas y posibilidades de transformación disputadas (Koselleck, 2012, p. 45-46). Así mismo, Koselleck plantea que existe una “lucha semántica”, una disputa en torno a significados y posiciones políticas que se agudiza en épocas de crisis; en esta lucha, el significado de los conceptos es tanto objeto como instrumento, de ahí el recurso al sufijo “ismo”, característico de la modernidad, que constituye ciertos términos en conceptos de movimiento y cuya función es construir identidades políticas, “activar y reorganizar a las masas, permanentemente desarticuladas” (Koselleck, 1993, p. 111). Finalmente, dada la naturaleza dialógica de la relación entre conceptos y estados de cosas, lenguaje y realidad social, Koselleck plantea la necesidad de dos tipos de procedimientos interpretativos (Koselleck, 2012, p. 32). Por una parte, la onomasiología, que parte del término o nombre usado para designar determinado estado de cosas en un momento o una serie de momentos, “considera todas las designaciones referidas a un estado de cosas determinado”. Por otra, y dado que un estado de cosas nunca puede plasmarse de modo definitivo en un concepto, la semasiología indaga por la multiplicidad de significados del concepto, “tiene en cuenta todos los significados de un término” (Koselleck, 2009, p. 101). De esa forma, es posible captar los cambios intrínsecos al lenguaje, las transformaciones en los estados de cosas y las interacciones entre las dos dimensiones en diálogo.

Conclusión

La historia conceptual de Koselleck ofrece una alternativa al escepticismo defendido por las posiciones más radicales del giro lingüístico. Estas ponen en cuestión los supuestos ontológicos y epistemológicos de la disciplina histórica: la existencia de una realidad objetiva externa al lenguaje, susceptible de ser conocida gracias a procedimientos de reconstrucción de los hechos mediante distintos tipos de vestigios y fuentes. El axioma de acuerdo con el

cual el lenguaje crea sentido por sí mismo, sin necesidad de referencia a una realidad externa, cuestiona la posibilidad del conocimiento historiográfico y, en última instancia, hace equivalentes las representaciones del pasado que construyen los historiadores con tipos de representación ajenos a sus métodos y formas de interrogación, como la literatura de ficción. A diferencia del giro lingüístico, Koselleck no reduce la realidad social a lo que puede ser objeto de articulación lingüística. Por lo tanto, no renuncia a una comprensión de la realidad extralingüística. El historiador necesariamente depende del lenguaje para aprehender la realidad del pasado. El conocimiento que produce es, a su vez, una construcción lingüística. No obstante, la experiencia, los hechos sociales o los estados de cosas pretéritos siempre exceden tanto las representaciones lingüísticas que de ellos se hicieron en su momento como la que puede realizar el propio historiador en el presente. A la inversa, los conceptos son condiciones de posibilidad de la experiencia, están inmersos en la realidad extralingüística. Pero en la medida en que comprenden el espacio de experiencia, el pasado experimentado, y el horizonte de expectativas, los cursos de acción posibles a partir de un momento presente manifiestan un exceso conceptual. De esa manera, el historiador alemán toma distancia tanto de la teoría autorreferente del lenguaje propia del giro lingüístico, como de las teorías referenciales adoptadas por corrientes de la historia conceptual, como la “Escuela de Cambridge”

Esa distancia, sin embargo, no conduce a Koselleck a afirmar un realismo epistemológico clásico, esto es, la afirmación de una primacía de la realidad extralingüística sobre los procesos de significación. Por el contrario, se esfuerza por comprender la relación dialéctica entre la realidad social y su representación lingüística, así como su transformación diacrónica, que intenta ir más allá de las concepciones referenciales y autorreferenciales del lenguaje. En su propuesta, el lenguaje y los estados de cosas que designa se desenvuelven y cambian en el tiempo según lógicas diferenciadas, aunque relacionadas, y el estudio del cambio conceptual es fundamental para comprender transformaciones estructurales profundas.

Las premisas ontológicas y epistemológicas del giro lingüístico privan al investigador del contraste entre el lenguaje y la realidad extralingüística como indicador del cambio en los significados. Por esa razón, la investigación inspirada en tales supuestos se enfoca en el análisis sincrónico de los discursos o lenguajes, o en la deconstrucción de determinadas representaciones del pasado. En cambio, la semántica histórica de Koselleck está muy ligada a la historia social, pues tiene como objetivo comprender la transformación de las estructuras temporales y sociales en la mediana y la larga duración, mediante el estudio de dicha conjunción entre lo lingüístico y lo extralingüístico.

Esto implica, a su vez, poner en diálogo el lenguaje con el cual los agentes del pasado dotaron de sentido su experiencia con el lenguaje analítico del presente. En términos metodológicos, dicha conjunción es captada mediante los conceptos, las redes conceptuales o discursos y, especialmente, de los conceptos históricos fundamentales. Koselleck construye los conceptos como objeto de estudio distinguiéndolos de las ideas, que en estricto sentido carecen historia, y de las palabras, que no agotan el carácter necesariamente polisémico del concepto, condición de posibilidad de la experiencia. En fin, la relación dialéctica entre lenguaje e historia puede captarse mediante el estudio de las transformaciones a nivel del significante (onomasiología) o del significado (semasiología).

Referencias

- Abellán, J. (2007). “En torno al objeto de la ‘historia de los conceptos’ de Reinhart Koselleck”. En E. Bocado Crespo (ed.), *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios* (pp. 215-248). Madrid: Tecnos.
- Appleby, J., Hunt, L. y Jacob, M. (1998). *La verdad sobre la historia*. Barcelona: Andrés Bello.
- Bolívar Botía, A. (1990). *El estructuralismo: de Levi-Strauss a Derrida*. Bogotá: Cincel.
- Cabrera, Miguel Ángel. *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Valencia: Universitat de València, 2002.

- Chartier, R. (1992). El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural. Barcelona: Gedisa.
- Chartier, R. (1996). Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin. Buenos Aires: Manantial.
- Chartier, R. (2007). La historia o la lectura del tiempo. Barcelona: Gedisa.
- Cusset, F. (2005). French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze y Cía. y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos. Barcelona: Melusina.
- Derrida, J. (1977) Posiciones. Valencia: Pre-Textos.
- Eley, G. (2008). Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.
- González de Oleaga, M. (2008). “¿El fin de los historiadores o el fin de una hegemonía?”. En Sánchez León, P e Izquierdo Martín, J. (eds.), El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI (153-178). Madrid: Siglo XXI.
- Gunn, S. (2011). Historia y teoría cultural. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.
- Iggers, G. (1998). La ciencia histórica en el siglo XX. Barcelona: Idea Books.
- Jenkins, K. (2006). ¿Por qué la historia? México: FCE.
- Jenkins, K. (2009). Repensar la historia. México: Siglo XXI.
- Koselleck, R. (1993). Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos. Barcelona: Paidós.
- Koselleck, R. (2009). “Introducción al Diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana”. Revista Anthropos, 223, 92-105.
- Koselleck, R. (2012). Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social. Madrid: Trotta.
- Lovejoy, A. (1983). La gran cadena del ser. Historia de una idea. Barcelona: Icaria.
- Noiriel, G. (1997). Sobre la crisis de la historia. Valencia: Cátedra-Universitat de València.
- Oncina, F. (2010). Palabras, conceptos, ideas. Estudios sobre historia conceptual. Barcelona: Herder.
- Palti, E. (2012). Giro lingüístico e historia intelectual. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

- Pocock, J. G. A. (2011). *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*. Madrid: Akal.
- Sánchez-Prieto, J. M. (2009) “Más allá del ‘giro lingüístico’: Koselleck y los nuevos horizontes de la historia intelectual”. *Revista Anthropos*, 223, 20-38.
- Saussure, F. (2012). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada.
- Skinner, Q. (2007). “Significado y comprensión en la historia de las ideas”. En Bocardo, E. (ed.). *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios* (pp. 63-108). Madrid: Tecnos.
- Tozzi, V. (2009). *La historia según la nueva filosofía de la historia*. Buenos Aires: Prometeo.
- Wittgenstein, L. (1988). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica.